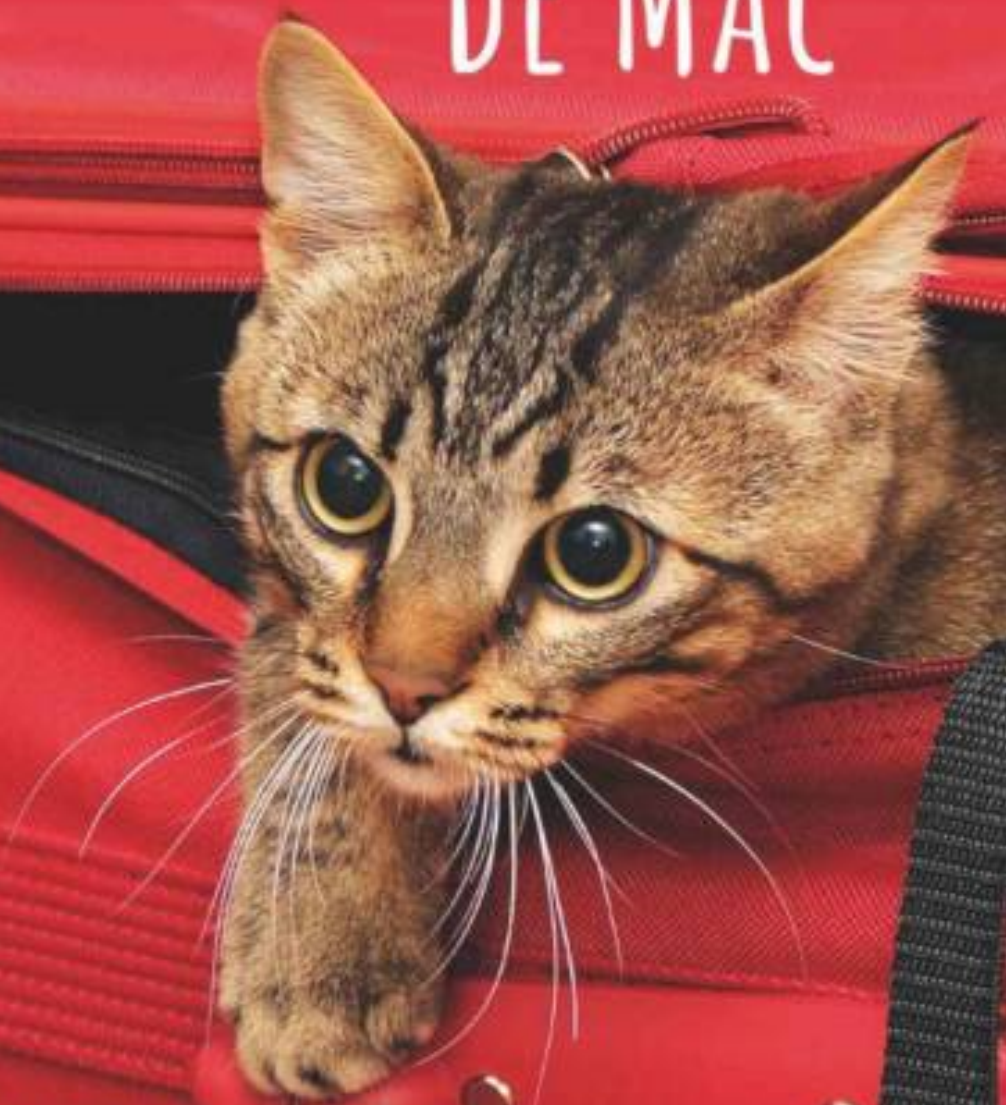


NARRATIVA

Una historia sobre los humanos. Y sobre el gato que tiene que quererles.

LA VIDA SECRETA DE MAC

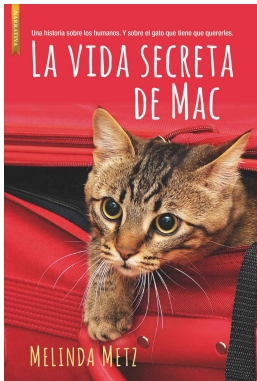


MELINDA METZ

© Melinda Metz

Melinda Metz es autora de diversas series de novelas juveniles, historias de suspense, ciencia ficción y fantasía. Entre ellas, destacan la serie *Roswell High*, sobre unos adolescentes alienígenas, que ha sido llevada a la televisión bajo el título *Roswell*. Otra de sus series, *Fingerprints*, cuya protagonista puede leer los pensamientos mediante las huellas dactilares, también se ha convertido en serie televisiva.

A menudo escribe junto a Laura J. Burns, y ambas han sido juntas creadoras de diversas series de libros. En la actualidad vive en Concord, Carolina del Norte, con su perro *Scully*.



¿Quién entiende a los humanos? ¿Por qué no siguen su instinto y buscan el amor como haría cualquier gato inteligente?

MacGyver se siente muy satisfecho de sí mismo. Su humana, Jamie Snyder, ha encontrado a su media naranja... y ha sido gracias a él, que empezó a robarle cosas a su atractivo vecino, David. Ahora que Jamie y David se han casado y están de luna de miel, se ha ganado un merecido descanso. Sin embargo, le va a durar poco, porque resulta que Jamie deja a su prima Briony para que lo cuide mientras ella no está. Y Mac descubre que Briony es otra de esas humanas que, como la mayoría, es un desastre en lo relativo al amor: esta, plantó a su novio al pie del altar. Esto sí que es un reto para un gato como Mac... Y claro, ¡no podrá resistirse!

LA VIDA SECRETA DE MAC

La vida secreta de Mac

Título original: *The Secret Life of Mac*

Copyright © 2019 by Melinda Metz
First Published by Kensington Publishing Corp.
Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All rights reserved

© de la traducción: Ana Isabel Domínguez y María del Mar Rodríguez

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Christine Mills/Kensington Publishing Corp.
Adaptación de la cubierta y maquetación: Rasgo Audaz, Sdad. Coop.
Conversión en epub: Books and Chips
Imagen de la cubierta: © Serg Velusceac/iStock

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-17626-14-3

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

MELINDA METZ

LA VIDA SECRETA DE MAC



Libros de
seda

*Para Robin Rue, muy lista, amable
y graciosa, muchísimas gracias.*

*Y en recuerdo de mi padre,
epigramista extraordinario.*

CAPÍTULO 1



MacGyver atrapó el tirador plateado entre los dientes y abrió la cremallera. Con un rápido zarpazo, abrió la maleta y saltó al interior para acostarse sobre la ropa doblada. Un sitio estupendo para echarse una siesta. Aunque podría mejorarse. Nunca entendería el afán de los humanos porque todo estuviera liso y sin arrugas. Con un bufido de exasperación, se levantó y ahuecó la ropa, tras lo cual volvió a acostarse. Sacó las uñas y las clavó en un suave jersey. ¡Sardinillas, que a gustito estaba!

—¡Mac, no! —gritó Jamie, su humana, que lo apartó de la perfecta cama que se había hecho y, después, oyó el golpe seco y el sonido de la cremallera que indicaban que había cerrado la maleta. Como si no pudiera abrirla otra vez... —. Me voy de luna de miel. ¡De luna de miel! Debo tener aspecto de enamorada romántica, no de vieja loca cubierta de pelos de gato.

Mac hizo caso omiso de sus palabras. Sabía que los humanos las usaban para comunicarse, pero eso se debía a que su nariz solo era un adorno, nada más. A él la suya le

decía mucho más que un millón de palabras y, en ese mismo momento, le estaba comunicando que Jamie estaba más contenta que nunca. ¿Y quién era el culpable de dicha felicidad? Él. *MacGyver*. Jamie necesitaba un compañero, detestaba decirlo, pero en ese sentido su humana era como un perro, y él le había buscado uno.

Empezó a ronronear, orgulloso.

—Te da igual lo que te diga, ¿verdad, fierecilla? —Jamie se volvió hacia la puerta y *Mac* vio a David, el compañero que él le había buscado, acercándose a ellos—. *Mac* acaba de inspeccionar el contenido de la maleta como si fuera mi estilista. Cualquier cosa que me ponga irá adornada con su precioso pelo atigrado.

—Por eso mi maleta lleva candado —replicó David. *Mac* notó que a Jamie le temblaba el cuerpo por la risa—. ¿A qué viene tanta...? —preguntó él, pero dejó la pregunta en el aire mientras extendía un brazo y acariciaba una de las tres corbatas con las que *Mac* había estado jugando antes de decidir que le apetecía echarse una siesta. David examinó su maleta—. Sigue cerrada. Tu gato ha conseguido abrir la cremallera lo justo para sacar las corbatas.

—No es mi gato. Es nuestro gato. Ahora estamos casados. Lo mío es tuyo y blablablá. Eso incluye a *Mac* —lo corrigió Jamie.

—Acabo de comprarle a nuestro gato ese ratón de ocho patas que garantiza horas de placer felino —repuso David, al tiempo que lo miraba, enfadado—. Ocho patas con las que jugar y no puede dejar mis cosas tranquilas. —Meneó la cabeza mientras pasaba los dedos sobre la marca que le había hecho a una de las corbatas.

Mac también hizo caso omiso de las palabras de David y de su mirada furiosa. Había olido a ese humano antes de decidir que debía meter las zarpas en el asunto y había descubierto que olía tan mal como Jamie, a veces incluso peor. Estaba desesperado por una compañera, lo supiera o no, y él le había encontrado una. En ese momento, estaba

tan contento como si acabara de revolcarse en un lecho de hierba gatera.

—A *Mac* le encanta su regalo, pero de vez en cuando también le gusta divertirse con algún proyecto personal — replicó Jamie mientras David introducía la combinación en el candado de su maleta, que no había servido para mucho.

En ese momento, llamaron al timbre, y *Diogee* empezó a ladrar. Ese cabeza de chorlito no acababa de enterarse de que el sigilo era crucial ante cualquier ataque. Lo único que hacía así era alertar de su presencia a cualquiera que hubiera llegado. *Mac* bajó de un salto de los brazos de Jamie. *Diogee* formaba parte de su grupo, un sacrificio que *Mac* se había visto obligado a hacer por la felicidad de Jamie. Eso significaba que debía hacer lo que fuera necesario para mantener al perro a salvo de su propia estupidez.

Cuando llegó a la puerta, le dio un golpe en el rabo con la pata, en parte para apartarlo de su camino y en parte porque le hacía gracia. Abrió la boca y usó la lengua para atraer el aire al interior. De esa manera conseguía más información. Se trataba de una mujer y, además, estaba triste. Tristísima.

Jamie abrió la puerta una rendija.

—Hola, Briony. Tengo que pillar a mi gato. *MacGyver* es un artista del escapismo. Vamos, que hasta trepa por la chimenea. Hemos tenido que tatarla. Además, *Diogee*, el perro, te saltará encima. Sé que debería corregirlo y, en realidad, lo hago, pero no sirve de nada. Eso sí, es sociable. Así que prepárate. —Se colocó a *Mac* debajo de un brazo, abrió la puerta del todo y se apartó.

Tan pronto como la mujer entró, el cabeza de chorlito le plantó las patas en los hombros; pero, antes de que pudiera lavarle la cara con su enorme lengua, David lo agarró por el collar y lo apartó. Acto seguido, lo llevó a la planta superior, y no pasaron ni dos segundos antes de que sus lastimeros aullidos llenaran la casa. La puerta del dormitorio era

sencillísima de abrir usando las técnicas más básicas. Pero *Diogee* carecía incluso de lo más básico.

Mac tomó otra honda bocanada de aire. Sí, esa mujer era muy infeliz. Necesitaba su ayuda. Estaba ocupado, tenía que hacer escapadas y echar sus siestecitas, pero saltaba a la vista que lo necesitaban. La mujer debía de ser más lista que *Diogee*, pero no tanto como para solucionar lo que fuera que estaba mal. Para eso se necesitaba a un maestro.

Por suerte para ella, acababa de llamar a su puerta.



Unos cinco minutos después de haber llamado a la puerta de la casa de su prima *Jamie*, *Briony Kleeman* ya estaba sentada a la mesa de la cocina. *Jamie* se había apresurado a llenar la tetera de agua mientras su gato, *MacGyver*, la observaba fijamente desde la encimera con sus ojos dorados.

Briony no alcanzaba a entender cómo había acabado allí. Ni siquiera entendía cómo había acabado en Los Ángeles. Poco menos de un día antes, caminaba hacia el altar por el pasillo de su pequeña iglesia luterana, *Peace of Prince de Wisconsin*, del brazo de su padre. El pasillo estaba cubierto de pétalos de rosas que iba lanzando su prima de tres años. La sobrina de *Caleb* le llevaba la cola del vestido, rematada con un festón de encaje que había sido del vestido de novia de su abuela. Todo según lo planeado.

Miró a *Caleb*. Le sonreía mientras ella avanzaba por el pasillo. Y, después, le pareció que todo empezaba a temblar. El suelo. El brazo de su padre. Las caras de los invitados. *Caleb*. Sintió una mezcla de mareo y náuseas al tiempo que la luz desaparecía y la oscuridad se apoderaba de ella.

—*Briony* —dijo *Jamie*, y su voz la alejó del recuerdo de la horrorosa mañana—. ¿Qué infusión quieres? Tengo na-

ranja con especias, hierba limón, té negro *chai*, Earl Grey, menta y no sé cuántas más. Hace poco que me he pasado a las infusiones. No es que haya dejado el café, así que si prefieres uno, te lo preparo. Además, tengo zumo de arándano y de naranja. Y agua con gas. O sin gas. Así que, ¿qué te apetece?

Demasiadas opciones. Briony no recordaba ni la mitad, seguramente porque parte de sí misma tenía la impresión de seguir en la iglesia mientras el mundo se abría bajo sus pies.

—Elige tú.

—¿Seguro? No todas las infusiones son para todo el mundo —replicó Jamie, que la miró con preocupación.

—Es que creo que... no sé por qué... —Meneó la cabeza con impotencia—. Es que no puedo tomar decisiones. Ni siquiera a la hora de elegir qué beber. Sé que es ridículo.

—No es ridículo. Debes de estar agotada —repuso Jamie.

—Sí, pensé que me dormiría en el avión, pero no he podido —admitió. En vez de ver una película, se había pasado todo el vuelo rememorando una y otra vez el momento del pasillo de la iglesia, como si fuera incapaz de desterrarlo de su mente.

—Tranquila. Yo elegiré por ti. —Jamie estiró un brazo, abrió el armario situado encima de la cafetera y les echó un vistazo a las cajas de infusiones.

Briony suspiró, aliviada. Jamie acababa de ocupar el lugar de sus padres. Desde el «Incidente de la Iglesia», tal y como había empezado a llamarlo para sus adentros, no había tomado ni una sola decisión. Sus padres la llevaron al aeropuerto y le prometieron que se encargarían de todo. Después, se subió al avión. Luego le dio a un taxista un trozo de papel en el que estaba escrita la dirección de Jamie. Y allí estaba, mientras su prima actuaba como si fuera lo más normal del mundo ocuparse de ella, aunque no se hu-

bieran visto desde la reunión familiar que tuvo lugar unos once años antes.

Jamie le colocó una taza delante.

—Es una infusión relajante. No sé por qué, pero creo que va a sentarte bien. Tengo un sexto sentido increíble —bromeó.

La taza tembló entre sus dedos mientras se la llevaba a los labios. La soltó sin haber bebido siquiera un sorbo.

—Tienes razón. Todavía estoy... un poco alterada. —El eufemismo del milenio. Se sentía como una zapatilla deportiva en el tambor de una lavadora antigua mientras centrifugaba—. Gracias por permitir que me quede aquí. De verdad que...

—No, no y no. Ya me has dado las gracias ciento tres veces si mal no recuerdo. —Colocó una mano sobre la suya—. Me encanta tenerte aquí. A veces es mejor alejarse un poco de las cosas. Y Storybook Court es el lugar indicado para hacerlo. Hazme caso. Además, íbamos a llevarnos a los peludos, pero ahora podrán quedarse en casa.

Briony sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Jamie estaba portándose fenomenal con ella, como si no se diera cuenta de que era una persona malísima.

—¿Quieres hablar del asunto? —le preguntó—. Sé que no tenemos mucha confianza. Os mudasteis a Wisconsin cuando tenías unos diez años, ¿verdad? Pero recuerdo aquel día que me quedé de canguro contigo cuando tenía dieciséis años y te llevé a casa de mi novio, o mejor dicho a casa de mi espantoso exnovio, porque sabía que sus padres y él no estaban y...

—¡Y nos colamos! Me dejaste ponerle sal en el cepillo de dientes. Y pegamos el rollo de papel higiénico con cinta adhesiva. ¡Fue una de las mejores noches de mi vida! Aquella noche me sentí como una gamberra de lo peor. ¡Una gamberra de nueve años! —exclamó Briony mientras el recuerdo la distraía del motivo que la había llevado a la

casa de su prima. No pudo evitar sonreír—. Fue muy divertido.

—¡Pero tus padres se enfadaron muchísimo conmigo! —exclamó Jamie—. Y ni siquiera sabían lo que habíamos hecho. Solo se enteraron de que te saqué de la casa. Les dije que te llevé a Dairy Queen. Y es cierto que fuimos. Después. ¡Y eso los espantó!

—Sí, eran un poco sobreprotectores —replicó Briony.

—¿Un poco? Me apuesto lo que sea a que no te dejaron cruzar sola la calle hasta que estuviste en la universidad. —Bebió un sorbo de infusión—. Bueno, ¿quieres hablar del asunto?

Los pétalos de rosa. Su padre. La sonrisa de Caleb. Por un instante, sintió que se le olvidaba cómo respirar.

—No —logró decir—. Si no te importa —añadió al instante.

—Claro que no me importa —le aseguró Jamie.

—A ver, los animales —dijo, porque quería hablar de algo agradable y seguro—. ¿Qué comen? ¿Dónde duermen? ¿Qué tengo que hacer? Nunca he tenido mascotas.

—¿En serio? Creo recordar que tenías un hámster.

Briony negó con la cabeza.

—Pues desde luego, si no tuviste nunca una mascota te faltó algo en la infancia —comentó Jamie.

—Está claro que no recuerdas mi dormitorio. Tenía todos los juguetes habidos y por haber. Muchos educativos, sin bordes cortantes, ni nada que te pudieras tragar o que implicara el menor riesgo —dijo.

—Lo que yo decía, te faltó algo en la infancia. —Jamie se puso de pie y se acercó al frigorífico. Tomó un trozo de papel sujeto a la puerta con un imán que rezaba: «Dale una oportunidad a los guisantes» y se lo dio a Briony—. Aquí está todo lo que necesitas saber. Pero te advierto que *Mac* siempre desayuna a las siete y media de la mañana y no tolera retrasos. Está bien que intentes levantarte un poco más tarde, pero solo será eso, un intento. También cena a las

siete y media de la tarde; pero si vas a salir, puedes ponerle la cena más temprano. Eso no le importa. *Diogee* no mastica, más bien se traga la comida. Lo que significa que a veces vomita. No es habitual, pero no quiero que te alarmes si sucede. Otra cosa, *Mac* es un sinvergüenza.

Mac soltó algo a caballo entre un maullido y un gruñido.

—Sí, estoy hablando de ti —le dijo Jamie mientras se echaba hacia atrás para acariciarlo debajo de la barbilla—. Cuando quieras salir de casa, seguramente lo mejor sea encerrarlo en uno de los dormitorios. En realidad, es imposible mantenerlo encerrado en cualquiera de ellos, pero por lo menos eso te dará cierta ventaja. Ah, y *Diogee* hace una cosa que David llama «Fastidiahombros». Si lo sacas a pasear y ve una ardilla o...

—Vas a aterrorizarla —dijo un hombre moreno que acababa de aparecer por el vano de la puerta. Se parecía un poco a Ben Affleck, pero era más joven—. Solo tienes que recordar que tú eres el alfa. Que tú mandas —le dijo a Briony. Jamie resopló, pero él no le hizo ni caso—. Tú le das de comer, así que eso significa que eres la jefa —siguió y después sonrió mientras le tendía la mano—. Soy David, el marido de Jamie.

—Qué raro me sigue sonando —dijo Jamie—. Raro, sorprendente, estupendo y maravilloso. —Se acercó a él y le pasó un brazo por la cintura. La cara le brillaba cuando lo miraba, lo mismo que le sucedía a él cuando la miraba a ella.

Briony tuvo que apartar la vista. Se alegraba por su prima, pero le dolía ver a una pareja tan enamorada. Ella había pensado que lo estaba, completamente, de Caleb. ¿No lo había estado? ¿Cómo iba a estarlo? No se plantaba en el altar a una persona de la que se estaba completamente enamorada. No se sufría un ataque de pánico mientras se atravesaba el pasillo de camino al altar.

—Voy a sacar el automóvil —dijo David—. Siento mucho que tengamos que marcharnos ahora que acabas de llegar.